

Pablo VI, artífice y exegeta de la eclesiología postconciliar

Davide Marzaroli

Hay múltiples razones recíprocamente complementarias que inducen a una profunda reflexión sobre el tema de la relación entre el magisterio de Pablo VI y el desarrollo de la teología eclesiológica a la luz de los dictados del Concilio Vaticano II. En efecto, comentar y precisar la eclesiología conciliar, con espíritu profundamente exegetico, ha sido uno de los empeños constantes del pontificado de Pablo VI. Es raro, de hecho, encontrar un documento, una alocución, una catequesis, una intervención del Papa Montini en que no se encuentre al menos una referencia a la eclesiología. Baste pensar en la catequesis de las audiencias de los miércoles, en que casi cien textos se dedican expresamente a la interpretación de la doctrina eclesiológica como brota de los documentos del Concilio¹. Esta atención constante de su magisterio nos permite cualificar a Pablo VI como el primero y más autorizado exégeta de la eclesiología conciliar. Tras este empeño se puede percibir la conciencia del pastor universal, consciente de la complejidad de la actuación del concilio y, al mismo tiempo, su preocupación por las consecuencias de las novedades que el mismo propone².

En efecto, han pasado más de treinta años desde aquella mañana del 8 de diciembre de 1965, cuando, envuelto en una luz radiante, el Papa Montini declaraba cerrado, al menos como asamblea, el trabajo del Concilio Vaticano II. Tres decenios de gran empeño por

¹Un ejemplo que vale por todos son las catequesis de 1966, primer año después de la clausura del Concilio, totalmente dedicadas a las expresiones que definen la Iglesia en su misterio (Cf. Paolo VI, *Insegnamenti*, 4 [1966] pp. 722-755).

²Dirigiéndose a un grupo de peregrinos decía: «Habréis advertido también vosotros que el Concilio ha suscitado una cantidad de cuestiones, discusiones, novedades: en toda la Iglesia, e incluso fuera de ella, ha dado pie para hablar mucho, para estudiar mucho, para actuar mucho; opiniones, doctrinas, decretos, innovaciones, han dado a todos la impresión que el Concilio ha puesto en movimiento tantas cosas; ideas, costumbres, instituciones, todo nuestro mundo espiritual se ha como despertado, estimulando a toda persona inteligente a pensar, a entender el cristianismo y la religión» (Pablo VI, *Audiencias*, «Avrete anche voi avvertito», [23-11-1966] *Insegnamenti* 4 [1966] p. 912).

parte de muchos teólogos y pensadores cristianos para comprender el don del Concilio, asimilar y hacer propio su espíritu. Han sido también años de afanes, casi un largo y doloroso parto que prolonga en el tiempo y en el espacio la tensión por querer ser fiel al amor que lo convocó y lo quiso y, al mismo tiempo, a la esperanza por una renovación que sepa representar el más valiente desafío que la Iglesia haya podido afrontar en estos últimos siglos. El Concilio Ecuménico, en efecto, no es un evento que pueda encerrarse dentro de las fechas de convocación y conclusión. Siempre abre una época nueva, en la que la Iglesia realiza un paso hacia el futuro y avanza en su misión. Pero las semillas vitales, depositadas por el Concilio en la tierra de la Iglesia, sólo podrán llegar a madurar si el patrimonio doctrinal del Concilio es investigado con diligencia, conocido y poseído.

Dirigiéndose a los Padres, reunidos por última vez en asamblea pública del Concilio Ecuménico, Pablo VI sintetiza con estas palabras el tema central de la argumentación conciliar: *el Concilio se ocupó principalmente de la Iglesia, de su naturaleza, de su composición, de su vocación ecuménica, de su actividad apostólica y misionera. La Iglesia ha tratado de realizar un acto reflejo sobre sí misma, para mejor conocerse, para mejor definirse, y para disponer consiguientemente sus sentimientos y sus preceptos. Esta introspección no ha sido un fin en sí misma [...]; la Iglesia se ha recogido en su íntima conciencia espiritual, no para complacerse con eruditos análisis de psicología religiosa, o para dedicarse a reafirmar sus derechos y a describir sus leyes, sino para encontrar en sí misma, viviente y operante en el Espíritu Santo la palabra de Cristo, y para escrutar más a fondo el misterio, es decir, el designio y la presencia de Dios sobre y dentro de sí*³.

Estas afirmaciones traen a la mente las palabras del discurso programático con que Pablo VI había vuelto a inaugurar, después de la muerte de Juan XXIII, la segunda sesión del concilio⁴. En aquellas expresiones el Papa Montini había trazado el camino por el cual el Concilio debía caminar para poder ser fiel a sus compromisos y a sus prerrogativas, pero, sobre todo, había puesto en el centro de los

³Pablo VI, *Alocuciones*, «Noi concludiamo quest'oggi» [7-12-1965] *Insegnamenti* 3 [1965] pp. 727-728.

⁴Cf. Pablo VI, *Alocuciones*, «Salvete Fratres» [29-9-1963] *Insegnamenti* 1 [1963] pp. 166-181.

trabajos conciliares a la Iglesia de Cristo, su misterio, su origen, su mandato misionero, su fidelidad al amor de Dios⁵.

El tema central de la Iglesia y de su misterio, que Pablo VI propone al Concilio como vía por seguir, es por lo demás resultado de un largo camino de maduración y reflexión personal del pontífice que inicia desde los tiempos de su apostolado entre los jóvenes de la FUCI (Federación de Universitarios Católicos de Italia) y confirmado después por el estudio y profundización teológica sobre el tema de la iglesia a través de autores que llegarán a ser guía e inspiradores de la doctrina ecclesiológica conciliar⁶.

Para comprender la Iglesia, referir todo a Cristo

⁵«No hay que extrañarse si después de veinte siglos de cristianismo y de gran desarrollo histórico y geográfico de la Iglesia católica, el concepto verdadero, profundo, completo de la Iglesia, como Cristo la fundó y los Apóstoles empezaron a construir, todavía tiene necesidad de ser enunciado más precisamente. Misterio es la Iglesia, es decir, realidad embebida de presencia divina, y por ello siempre capaz de nuevas y más profundas exploraciones [...] Ha llegado la hora, Nos parece, en que la verdad sobre la Iglesia de Cristo ha de ser explorada, ordenada y expresada [...] con aquellas declaraciones que dicen a la Iglesia con magisterio más explícito y autorizado lo que ella piensa de sí» (Pablo VI, *Alocuciones*, «Salvete, fratres» [29-9-1963] pp. 173-174).

⁶Para comprender la síntesis ecclesiológica de Montini y el bagaje cultural sobre el tema, con el cual el entonces arzobispo de Milán inició su participación en el Concilio Vaticano II, es importante leer la Carta Pastoral para la Cuaresma de 1962: «Pensemos en el concilio» (G. B. Montini, *Discorsi e Scritti sul concilio*, Brescia 1983, pp. 72-108), en la cual se citan abundantemente autores como J. H. Newman, K. Adam, Y. Congar, R. Aubert, C. Colombo, G. Philips, J. Frings, R. Guardini, H. De Lubac, pero sobre todo C. Journet. La carta pastoral escrita para la arquidiócesis de Milán queda como uno de los testimonios más altos del desarrollo del pensamiento ecclesiológico de Montini antes del Concilio y por esto, fundamental para entender el desarrollo sucesivo (cf. J. I. Saranyana, «Doctrina montiniana sobre la naturaleza del Concilio y sus fines. Presupuestos y evolución», en «Giovani Battista Montini arcivescovo di Milano e il Concilio Ecumenico Vaticano II», Brescia 1985, p. 355-367). Para completar una visión orgánica del pensamiento ecclesiológico de Montini es interesante hacer referencia a la Carta que escribió al cardenal Amleto Cicognani, Secretario de Estado, en fecha 18 de octubre de 1962, en la que lamenta la ausencia de un plan orgánico, ideal y lógico del Concilio para el que sugiere que «él mismo ha de ser polarizado en torno a un solo tema: la Santa Iglesia [...]. La Iglesia tome conciencia perfecta de sí misma, demuestre su fiel derivación del Evangelio, recomponga sus cuadros, sus órganos, sus jerarquías; defina su derecho constitucional, no sólo el aspecto jurídico de sociedad perfecta, sino también otros aspectos suyos propios de humanidad viviente de fe y de caridad animada por el Espíritu Santo» (G. B. Montini, Carta al cardenal A. Cicognani [18-10-1962] en *Giovanni Battista Montini Arcivescovo di Milano e il Concilio Ecumenico vaticano II, preparazione e primo periodo*, Brescia 1985, p. 421).

Es obvio, pues, que el pensamiento eclesiológico de Pablo VI es paralelamente similar a las características referentes al tema de la Iglesia que emergerán dentro del Vaticano II. La verdadera novedad que el Papa Montini aportó enseguida a los trabajos conciliares en el planteamiento del tema eclesiológico fue la de proponer sin dudas ni titubeos una eclesiología plenamente cristocéntrica. El principio teológico inspirador de la eclesiología montiniana es sin duda el cristocentrismo. La naturaleza y misión de la Iglesia sólo pueden ser comprendidas desde Cristo. Dijo a este propósito: «Para comprender la Iglesia, ¿a qué principio hay que remontarse, a qué punto focal hemos de dirigir la mirada? No hay duda, a Cristo, a Nuestro Señor Jesucristo. Debemos comprender la Iglesia; mas para comprender la Iglesia, hemos de referir todo a Cristo. Decíamos que la Iglesia está, en el tiempo, en continua construcción. Hay que recordar quién es el verdadero arquitecto, el verdadero constructor. Jesús refiere a sí mismo esta perenne operación: "Yo construiré". Hemos de reflexionar sobre la posición única de Cristo en la Iglesia y en el mundo»⁷.

El vínculo esencial e indisoluble existente de modo ontológico entre Cristo y la Iglesia es, por tanto, el núcleo central en torno al cual se desarrolla el pensamiento eclesiológico de Pablo VI. En el ser propio de ambos y en su respectivo obrar el pontífice ha intuido los elementos fundamentales para ejercitar y explicitar su magisterio eclesiológico, que él ha actuado constantemente teniendo siempre en consideración el orden pastoral de la propia función y la escucha directa de las realidades del mundo contemporáneo.

El anhelo que Pablo VI deseaba llevar a cabo, cuyos signos se encuentran desde el tiempo de los compromisos juveniles, intelectuales y formativos, o sea el de meditar en el misterio profundo y real de la Iglesia y en el camino adecuado para una justa labor

⁷Pablo VI, *Audiencias*, «Avrete anche voi avvertito», [23-11-1966] pp. 912-913. En el Discurso de apertura de la segunda sesión del Concilio, Pablo VI ya había declarado solemnemente: «Debemos proclamar a nosotros mismos y anunciar al mundo que nos rodea: ¡Cristo! Cristo nuestro principio, Cristo nuestro camino y nuestra guía; Cristo nuestra esperanza y nuestro término. Este Concilio tenga plena advertencia de esta múltiple y única, fija y estimulante, misteriosa y clarísima, apremiante y dichosa relación entre nosotros y Jesús bendito, entre esta Iglesia, viva y santa, que somos nosotros, y Cristo, del cual venimos, para el cual vivimos, y hacia el cual vamos» (Pablo VI, *Alocuciones*, «Salvete, Fratres», *Insegnamenti I* [1963] pp. 170-171).

interior de renovación, serán los puntos fijos de referencia de todo el itinerario de su pensamiento eclesiológico.

La Iglesia de Pablo VI se confronta cada día con Cristo, para Cristo y en Cristo para encontrar las propias raíces ontológicas, el propio dinamismo de acción, el objetivo de la propia existencia y la finalidad de su misión en el mundo y para toda la humanidad. De los escritos e intervenciones de Pablo VI se deduce claramente que no cualquier eclesiología puede ser definida como tal. En todo caso para el Pontífice una eclesiología correcta no puede ser eclesiocéntrica, sino que ha de ser necesariamente cristocéntrica⁸, en su magisterio se puede encontrar de modo claro y neto el paso teológico, casi epocal, del eclesiocentrismo al cristocentrismo⁹. Para Montini sólo en la perspectiva del Cristo total, que todos los fieles forman con Cristo, Cabeza invisible de la Iglesia, el Vaticano II alcanzará su meta: producir una nueva conciencia eclesial actualizada por la correcta renovación de la misma Iglesia¹⁰.

De este planteamiento resulta claro que para el pontífice la Iglesia es sujeto y objeto de la teología sólo en la medida en que es cristología, en cuanto sólo por medio de su Hijo el Padre «se dice» en la Iglesia y gracias a la fuerza del Espíritu¹¹. La Iglesia, como apa-

⁸Pablo VI pocas semanas antes de la conclusión del Concilio reafirma que en tal Asamblea «la Iglesia ha encontrado, en este acto reflejo, no solo a sí misma, sino a Cristo; el Cristo que ella lleva en sí; ha vuelto a sentir el compromiso de fidelidad a la palabra y a la voluntad de él» (Pablo VI, NRd., «A voi rivolgiamo», [23-12-1965] AAS 58 [1966] p. 92).

⁹Cf. G. Philips, *La Chiesa e il suo mistero*, Milano 1986, pp. 69-70; B. Gherardini, *La Chiesa, immagine di Cristo*, en *Studi Cattolici* 20 (1976) pp. 83-93; B. Forte, *La Chiesa della Trinità*, Cinisello Balsamo 1995, pp. 67-76; G. Canobbio, *Chiesa perché?*, Cinisello Balsamo 1994, pp. 19-26; M. Kehl, *La Chiesa*, pp. 73-77; Olegario González Hernández, *La nuova coscienza della Chiesa*, en AA.VV., *La Chiesa del Vaticano II*, Firenze 1965, pp. 235-266; A. Antón, *Nuovi orientamenti ecclesiológicos postconciliari*, en AA.VV., *Correnti teologiche postconciliari*, A. Marranzini, (coord.), Roma 1974, pp. 13-33.

¹⁰En un momento crucial de los trabajos conciliares, concentrados sobre el tema de la Iglesia, en su encíclica *Ecclesiam suam* Pablo VI afirma que «esta es la hora en que la Iglesia debe profundizar en la conciencia de sí misma, debe meditar sobre el misterio que le es propio, debe escrutarse la doctrina sobre su propio origen, su propia naturaleza, su propia misión, su propio destino final [...], doctrina que constituye hoy el tema más estimulante que cualquier otro para la reflexión de quien quiere ser dócil seguidor de Cristo» (Pablo VI, *Ecclesiam suam*, [6-8-1964] AAS, 56, [1964] p. 611).

¹¹«La eclesiología se liga a la cristología en este vínculo histórico de la Iglesia con la persona misma del Verbo encarnado y de la misión que le ha sido confiada. El vínculo de la Iglesia con la persona de Jesús es irrenunciable en la eclesiología católica» (A. Antón,

rece en el pensamiento de Pablo VI, en armonía con los dictados conciliares, encuentra cada vez mejor su centro en Cristo, punto focal de integración contra todo riesgo de fragmentación interpretativa. Fragmentarismo eclesiológico que precisamente se supera a través de la asunción del principio de unidad que está representado por Cristo, manifestación única y suprema del plan universal de salvación de Dios para la humanidad. En esta óptica, fuertemente enraizada en la acción y voluntad fundante de Cristo respecto a su Iglesia se deduce cómo ésta ha sido querida y creada para decir la Palabra de Dios que es Jesucristo, para hacer lo que hizo Jesucristo, esta es la misión propia de la Iglesia, aquello para lo cual ella existe¹². Pablo VI, pues, actúa una opción de novedad representada por lo que podríamos llamar cristocentrismo relacional; es decir, la cristología que, a partir del dogma de Calcedonia, busca individuar las relaciones entre Cristo y la Iglesia, entre Cristo y la humanidad, entre Cristo y la historia¹³.

Para el pontífice el principio, el origen teológico y la realidad de la Iglesia no se agotan en su estructura históricamente visible, como la jerarquía, la liturgia, sus sacramentos, o en el ordenamiento jurídico¹⁴; su esencia y manantial, que la hacer ser lo que es, está constituida por su unión personal con Cristo. Para Pablo VI el Concilio, precisamente «porque ha buscado ver y entender la Iglesia en su corazón, en su interioridad, en su causalidad vital, más que en sus aspectos jurídicos, se ha visto felizmente obligado a referir todo a Cristo Señor como a Fundador, no sólo, sino también como a la Cabeza, al manantial, al operador, al animador, mediante el Espíritu Santo del cuerpo místico que es la Iglesia¹⁵».

L'ecclésiologia postconciliare: speranze, risultati e prospettive, en AA. VV., Vaticano II: bilancio e prospettive", I, R. Latourelle (coord.), Assisi 1988, p. 371).

¹²En relación a este modo de concebir la Iglesia como agente de la voluntad de Cristo, ha dicho a este propósito el cardenal J. Ratzinger: «No somos nosotros quienes elaboramos con nuestros razonamientos qué cosa sea la Iglesia, sino que nosotros creemos que El la quiere y tratamos de comprender lo que El quiere y de ponernos en este servicio» (J. Ratzinger, *Il sale della terra*, Cinisello Balsamo 1977, pp. 92-93).

¹³«Podrá ser muy útil juzgar una eclesiología a la luz de los principios cristológicos de Calcedonia» (Y. Congar, *Santa Chiesa*, Brescia 1967, p. 98).

¹⁴Cf. H. De Lubac, *Cattolismo*, Milano 1992, p. 45.

¹⁵Pablo VI, *Audiencias*, «Avrete anche voi avvertito», [23-11-1966] *Insegnamenti* 4 (1966) p. 912.

El Papa Montini, haciendo entrar definitivamente el cristocentrismo en el Vaticano II como punto de referencia esencial e irrenunciable para la reflexión eclesiológica, lleva a cabo, más o menos conscientemente, un largo itinerario de desarrollo del pensamiento inherente al tema de la Iglesia que había visto su explicitación teológica inicial en la escuela de Tubinga, posteriormente representado por los teólogos del Colegio Romano en el Concilio Vaticano I y al fin parcialmente retomado en algunas expresiones magisteriales en la encíclica *Mystici corporis*, de Pio XII. La aportación notable que Pablo VI dio dentro de la reflexión conciliar sobre la Iglesia y posteriormente durante el tiempo del postconcilio, no fue sólo la de ver en Cristo la causa constitutiva y originante de la misma Iglesia, sino sobre todo el haber sabido afirmar catequética y magisterialmente que la Iglesia «es su actual emanación misteriosa, su continuación en la tierra»¹⁶. Por lo cual la Iglesia ha de saber trascenderse a sí misma conscientemente para lograr conocerse y para ser realmente pura transparencia de Cristo; la Iglesia, continúa diciendo Pablo VI, «quiere finalmente contemplarse a sí misma; o mejor, quiere buscarse en la mente de Cristo, su divino Fundador»¹⁷. La Iglesia del tiempo postconciliar, según la profética visión de Pablo VI, plenamente presente también en la eclesiología de la *Lumen gentium*, está permeada de este fuerte sentido cristocéntrico, centrada en la persona de Cristo, que «es la fuente divina e inagotable de la vitalidad de la Iglesia. Cristo redentor es una plenitud tal que nosotros jamás podremos comprender ni expresar completamente. Él es todo para su Iglesia y, en ella, aquello que somos nosotros, lo somos precisamente por él, con él y en él»¹⁸.

La Iglesia, sacramento de salvación

El principio de Cristo en el centro, como punto de referencia para comprender la Iglesia y la doctrina eclesiológica conciliar, es sin duda uno de los temas más frecuentes en el magisterio de Pablo VI. Sin embargo, si Cristo es el principio para la autocomprensión de la Iglesia, él es también su arquitecto y constructor principal. Cristo edifica constantemente en el tiempo su Iglesia, él, principio y

¹⁶Pablo VI, *Alocuciones*, «Salvete, Fratres», AAS 55 (1963) p. 847.

¹⁷Pablo VI, *Alocuciones*, «In signo Sanctae Crucis», AAS 56 (1964) p. 810.

¹⁸Pablo VI, «Ancora una volta ci è data occasione», (20-9-1972) *Insegnamenti* 10 (1972) p. 941.

fin de la pastoral, es también inevitablemente el primer obrero. Pablo VI inspirándose en la cornisa de las inscripciones en el mosaico que decora la Basílica de San Pedro, para tomar pie para una larga catequesis sobre la «construcción de la Iglesia», interpreta las palabras del mosaico: *Aedificabo Ecclesiam meam* (Mt 16, 19), como si fueran pronunciadas por Cristo mismo en el presente histórico. Aquel «edificaré», para el Pontífice, indica la acción constante en el tiempo y todavía hoy operante, de Cristo, que construye su Iglesia, él es el arquitecto. Además esta construcción en su dimensión futura tiene carácter dinámico, con referencia a todo momento de la historia humana; por tanto, también en el período del postconcilio «es necesario que la Iglesia sea construida: ella es siempre un edificio incompleto, que prolonga en el tiempo su plano determinado de ejecución»¹⁹.

Para el Papa Montini es un verdadero compromiso real de vida para todo cristiano para el período postconciliar: «Debemos construir la Iglesia con Cristo y por Cristo»²⁰. Se trata de una obligación ineludible; pero esta colaboración por parte de la humanidad a la participación con Cristo para la edificación de la Iglesia se injerta plenamente en el designio interpretativo de la Iglesia como sacramento de Cristo, definición codificada por el Concilio Vaticano II, que encuentra en Pablo VI un vigoroso divulgador. En el pontífice se va fortificando incesantemente la convicción, también y sobre todo a la luz de las opciones conciliares en ámbito eclesiológico, de la importancia y de la fuerza de la unión entre Cristo y la Iglesia hasta el punto que uno llega a ser necesario a la otra y viceversa para poder darse a conocer y comprender por la humanidad entera.

Para Pablo VI la Iglesia es en Cristo como un sacramento²¹ en cuanto queda como signo histórico y terreno de Cristo resucitado, ella es la forma de la manifestación de Aquél en el cual ha aparecido en plenitud la bondad salvífica de Dios y su amor por los hombres. Para el Papa Montini la Iglesia es en Cristo como un sacramento y, en modo particular sacramento de salvación, en cuanto tiene la tarea de proseguir en el mundo y entre los hombres la misión salvífica de Cristo. En efecto, en él se cumple el designio de

¹⁹Pablo VI, *Audiencias*, «Noi invitiamo», [16-11-1966] *Insegnamenti* 4 (1966) p. 900.

²⁰*Ibid.*, p. 900.

²¹«La Iglesia es sacramento de Cristo como Jesús en su humanidad es sacramento de Dios»

salvación de Dios, que consiste en llevar a los hombres a la comunión con Dios y entre ellos²². A la luz de las opciones conciliares en el ámbito de la Iglesia-sacramento, el Pontífice invita la Iglesia a empeñarse en imprimir a la historia una orientación conforme al designio salvífico. Por tanto, la Iglesia «es Cristo que pasa a través de la historia, es Jesús que se prolonga en el tiempo»²³. Ella realiza tal continuación en cuanto que es el primer fruto de la obra redentora de Cristo y en cuanto tal tiene el deber de hacer participar a la humanidad entera y de comunicarle esta gracia de salvación. Al mismo tiempo la Iglesia es también el instrumento de salvación, es decir, el medio a través del cual se actúa en la historia la reconciliación entre Dios y la humanidad, ella es la expresión, el *signum*, de la unión de los hombres con Dios y entre ellos²⁴.

El Papa Montini es, pues, muy consciente que definir la Iglesia como sacramento es de gran importancia, porque el uso de tal categoría exige que la forma y configuración visible de la Iglesia corresponda a su fundamento y principio vital, al misterio de Cristo y al misterio de la acción del Espíritu Santo. La sacramentalidad obliga la Iglesia a ser dos cosas a la vez: signo e instrumento, a decir y a hacer, a ser eficaz en la medida en que se hace precisamente signo: «Para poder expresar plenamente su sacramentalidad, a la cual va unida su misma razón de ser, la Iglesia ha de ser, como se exige a todo sacramento, signo significante»²⁵. Esta visión, por otra parte, es la que mejor se deduce de los textos conciliares de la *Lumen gentium*, en los números 2 a 5 y en particular también en el n. 9. Esta ulterior correspondencia confirma, además, el gran acto de fidelidad del Pontífice al Concilio, es decir, su empeño en desarrollar las ideas y proposiciones. Pablo VI, como verdadero y cualificado exégeta del Vaticano II, no podía no actuar en tal dirección, indicando en la eclesiología cristocéntrica-sacramental el camino por seguir para evitar el riesgo de cualquier eclesiocentrismo anacrónico.

²²«La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la última unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (*Lumen gentium*, n. 1).

²³Pablo VI, *Homilias*, «Stazione Quaresimale nella Parrocchia di S. Pier Damiani», [27-2-1972] *Insegnamenti* 10 [1972] p. 193.

²⁴Pablo VI, *Adh.* «Paterna cum benevolentia», [8-12-1974] p. 1290.

²⁵*Ibid.* p. 1290.

La Iglesia, misterio de fe

El Papa Montini siguiendo fielmente, pero también de modo constructivo desde el punto de vista de la reflexión personal, la doctrina del Vaticano II, repetidas veces ha insistido sobre la definición de la Iglesia como misterio. Para Pablo VI *la Iglesia* es un misterio no sólo en el sentido de la profundidad de su vida, sino también en el sentido que ella es una realidad no tanto humana e histórica y visible, cuanto divina y superior a nuestra normal capacidad cognoscitiva²⁶. Misterio aplicado a la Iglesia para Pablo VI no significa ciertamente una cosa desconocida, oscura, inconocible, sino una realidad divina, trascendente, con fuerte referencia a la salvación que Dios ha revelado y actuado en Cristo Jesús: *la Iglesia* es misterio, es decir, realidad impregnada de presencia divina y por lo mismo, siempre capaz de nuevas y más hondas exploraciones²⁷. Decir esto para Montini quiere decir que la Iglesia es una realidad que, teniendo una estructura social y humana, histórica y visible, en su esencia última es trascendente. Por esto la Iglesia no puede ser reducida a un hecho puramente social y ni siquiera puede ser comprendida con los instrumentos de la sociología o de la política; ella es una realidad de orden divino aun en su humanidad, que sin embargo se puede comprender sólo si se la considera con una mirada teológica, como realidad no total ni únicamente mundana.

En tal ámbito Pablo VI quiere ser rigurosamente preciso y afirma que *la Iglesia* hoy es solícita en considerar el dato psicológico y sociológico de la comunidad [...]; pero ella ha de ser guiada por otros criterios prevalecientes: los del dato teológico, es decir, los de Dios, los del Evangelio, los de Cristo, a los cuales debe ella su razón de ser [...]. La Iglesia no es un fenómeno histórico social cual-

²⁶Pablo VI, *Audiencias*, «Se voi», [27-4-1966] *Insegnamenti* 4 (1966) p. 761.

²⁷Pablo VI, *Alocuciones*, «Salvete, Fratres», [29-9-1963] *Insegnamenti* 1 (1963) p. 173. El mismo Pablo VI, en un denso párrafo, volverá al mismo motivo en la encíclica programática *Ecclesiam suam*: «Sabemos bien que este es misterio. Es el misterio de la Iglesia. que si nosotros en tal misterio, con la ayuda de Dios, fijamos la mirada del alma, muchos beneficios espirituales alcanzaremos, aquellos precisamente que Nos creemos tenga hoy mayor necesidad de la Iglesia. El misterio de la Iglesia no es simple objeto de conocimiento teológico, ha de ser un hecho vivido, en el cual aun antes que la noción, el alma fiel puede tener la experiencia connatural» (*Ecclesiam suam*, Enchiridion Vaticanum, 2, p. 178).

quiera, que se pueda modificar arbitrariamente. Es un hecho espiritual y religioso²⁸.

Faltando la conciencia que la Iglesia es un misterio, observa el Pontífice, se obra una falsificación al pensarla y juzgarla; valorizándola, en cambio, según esta dimensión, se la capta y se la presenta al mundo no como una sociedad perfecta en competición con las estructuras políticas y sociales, sino como una realidad divina de orden estrictamente espiritual que actúa en la historia no con medios y finalidades políticas y no para fines simplemente humanitarios, sino para realizar el designio de salvación de Dios en relación con la humanidad.

La Iglesia es comunión

El capítulo que se refiere al tema de la interpretación de la Iglesia como comunión fue, sin duda, el más debatido y retocado en el itinerario conciliar. Podemos afirmar que los tres decenios postconciliares que se refieren a la eclesiología han transcurrido sobre todo discutiendo en torno a estos temas que tanto apasionaron también el pensamiento del mismo pontífice.

Pablo VI parte del concepto que la Iglesia no puede y no debe existir para sí misma²⁹; ella, en cuanto sacramentalmente fundada en Cristo, es la respuesta más concreta a la necesidad natural del hombre de realizarse en virtud de su ser de creatura comunional. De esto se sigue que la *communio*, que es la Iglesia, es tipo, modelo, ideal de la comunión entre los hombres y entre todos los pueblos. La *communio* eclesial para Montini manifiesta la voluntad de Dios de renovar e instaurar todas las cosas en Cristo³⁰ y, obrando así, de preparar aquel Reino definitivo en el que Dios «será todo en todos» (1 Co 15, 28).

²⁸Pablo VI, *Audiencias*, «L'attenzione della Chiesa», [22-10-1969] *Insegnamenti* 7 (1966) p. 684.

²⁹Pablo VI, *Alocuciones*, «In hoc laetamur admodum», [14-9-1965] *AAS* 57 (1965) p. 801; cf. ID., *Audiencias*, «L'Anno Santo prosegue», [30-4-1976] *Insegnamenti* 13 (1975) p. 365.

³⁰Cf. *Lumen gentium*, *AAS* 57 (1965) n. 2, p. 6; cf. Dec. *Ad gentes*, *AAS* 58/2 (1966) n. 1 p. 947; Pablo VI hace suyas las palabras del Decreto Conciliar *Ad gentes* sobre este tema específico de la *communio*; cf. Pablo VI, *Homilias*, «Grande è la vostra e la nostra gioia», [19-10-1975] *Insegnamenti* 13 (1975) p. 1149.

Para el Papa Montini, pues, la Iglesia en cuanto misterio y sacramento es también y sobre todo comunión: comunión con Dios, ante todo, pero también comunión con todos los hombres³¹. La Iglesia, pues, entendida como comunión o la misma eclesiología de comunión son un mensaje y una promesa para el hombre y para el mundo entero. No podía haber argumento más grato a la sensibilidad cultural y espiritual de Pablo VI que éste de la comunión, tema capaz de poner al hombre en diálogo con Dios y con los hermanos esparcidos por el mundo entero. La Iglesia como comunión, por tanto, era interpretada por el Pontífice como fruto de la comunión del Dios-Trinidad con los hombres e imagen de la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La eclesiología de comunión, ya central y fundamental en los documentos conciliares, es desarrollada por Montini en todos sus aspectos y consecuencias: *la Iglesia es comunión; comunión vital, mediante el Espíritu Santo, alma de la iglesia, con Cristo y con la sociedad de los fieles. Es una meditación teológica fundamental. Haremos bien en cultivarla*³². La Iglesia, que es interpretada como misterio de Dios y en Cristo como sacramento, se percibe a sí misma, según la óptica de Montini, como la comunidad de aquellos que viven «en comunión» con Cristo y proponen esta comunión a todo hombre. Pablo VI juzga, por tanto, que la Iglesia-comunión sea la definición más accesible, esencial y moral³³ en cuanto que en la Iglesia se vive, se camina y se actúa conjuntamente.

El centrar la teología del misterio de la Iglesia en este concepto de «koinonía» constituye sin duda la innovación de mayor relieve del Vaticano II para la eclesiología³⁴, que Pablo VI retoma y desarrolla abundantemente en muchas catequesis, homilias y encuentros

³¹Sobre el tema de la Iglesia «comunión» en Pablo VI cf. el estudio de P. G. De Bernardi, *Tempo di comunione. La vocazione comunitaria della Chiesa nel magistero di Paolo VI*, Roma 1979.

³²Pablo VI, *Audiencias*, «La meditazione», [5-11-1969] *Insegnamenti* 7 (1969) p. 1106.

³³Pablo VI, *Audiencias*, «Diamo a questo breve colloquio», [21-7-1971] *Insegnamenti* 9 (1971) p. 640.

³⁴«En efecto, a partir del Vaticano II la idea de comunión está en el centro de la discusión eclesiológica. Está íntimamente conectada con otra idea clave, la del Pueblo de Dios que a través de las constituciones y decretos conciliares ha alcanzado gran espacio en la eclesiología católica, a pesar de haber suscitado también tensiones todavía por resolver» (P. C. Bori, *Koinonìa. L'idea della comunione nell'eclesiologia recente e del Nuovo Testamento*, Brescia 1972, pp. 55-56). Sobre la centralidad de la categoría de comunión en la eclesiología contemporánea, cf. S. Dianich, *La Chiesa mistero di comunione*, Torino 1975.

con fieles de todas partes del mundo. La Iglesia, presentada como comunión por Pablo VI, no es, sin embargo, sólo el instrumento para una salvación que está completamente «más allá»; ella está «ya», precisamente por ser una comunión de amor, una primera realización de la salvación traída por Cristo; es la comunicación de uno a otro de la experiencia de Cristo. Pero la aportación principal que Pablo VI introdujo en el estilo de vida eclesial para subrayar la dimensión comunional, es sin duda el del diálogo, del que fue extraordinario artífice. En este ámbito podemos afirmar que, si por una parte el Concilio ha representado seguramente para el Papa Montini el punto constante de referencia para el camino de su pontificado, por otra, él no renunció a dejar su propia impronta del todo personal, capaz de animar todas las relaciones eclesiales, sea *ad extra*, sea *ad intra*. Pablo VI formaliza concretamente este estilo personal con una palabra que es justamente la del «diálogo», camino que la Iglesia ha de seguir para ser en verdad fiel a su vocación y para corresponder a la misión confiada por Cristo³⁵.

Toda la historia de la salvación es interpretada así por Pablo VI como narración del largo y variado diálogo de Dios que, por amor, entra en relación con el hombre para instaurar una comunión con él para comunicarle su misma vida³⁶. Esta referencia llega a ser, pues, también el modelo en el que la Iglesia, según la intención de Montini, ha de inspirarse en su diálogo con el mundo y dentro de ella misma. El prototipo del diálogo hecho propio por la Iglesia es el que se da entre Dios y la humanidad, que, en última instancia, es la Revelación³⁷. Pablo VI tiene en mente presentar el diálogo como elemento constitutivo de la Iglesia³⁸, como parte integrante de su misma naturaleza, y en cuanto instrumento inscrito en el diseño salvífico de Dios hace de la Iglesia una realidad que se encuentra en posición de meditación plena y total entre Cristo y la humanidad. La Iglesia de Pablo VI es una realidad ontológicamente dialógica que pone sacramentalmente en contacto Cristo precisamente con

³⁵Pablo VI, *Audiencias*, «Questa udienza», [5-8-1964] *Insegnamenti* 2 (1964) p. 473.

³⁶Pablo VI, *Audiencias*, «Abbiamo celebrato», [2-6-1971] *Insegnamenti* 9 (1971) p. 485.

³⁷Cf. R. Latourelle, *La Révélation come dialogue dans «Ecclesiam suam»*, en *Gregorianum* 46 (1965) p. 834.

³⁸Cf. G. Colombo, *Genesi, storia e significato dell'Ecclesiam suam*, en AA.VV., *Ecclesiam suam. Première Lettre Encyclique de Paul VI* Brescia-Roma 1982, pp. 147-148.

todos los hombres, sin discriminación alguna³⁹, porque fue enviada a ellos por Dios mismo en Cristo.

La Iglesia revela el hombre al hombre en Cristo

Si el misterio de la encarnación inaugura un modo nuevo de relación dialógica entre Dios y la humanidad, y se la Iglesia es sacramentalmente continuadora de tal diálogo, caracterizado por el don de sí por parte de Dios al hombre hasta dar por este amor su único Hijo, entonces también el ser de la Iglesia y su obrar deberá tener como punto constante de referencia al hombre, es decir, su misión es para el hombre. El esfuerzo gigantesco de la Iglesia en el Concilio y en el tiempo inmediatamente siguiente, bajo la guía atenta y apasionada de Pablo VI, para conocerse mejor y para actualizarse, ha tenido pues un único fin: el de hacerse más idónea para servir al hombre. Dice Pablo VI a este propósito que esta introspección no fue un fin en sí mismo, sino que se orientó en una única dirección: servir al hombre. El hombre digamos en todas sus condiciones, en todas sus enfermedades, en todas sus necesidades. La Iglesia casi se ha declarado esclava de la humanidad⁴⁰. Este servicio, que podríamos deducir de mediación eclesial, es parte integrante de su misión, convencida como está que sólo Dios, que ha creado al hombre a su imagen y que lo ha redimido del pecado, puede ofrecer una respuesta plenamente adecuada a los problemas del hombre mismo y esto por medio de la revelación realizada por Cristo, su Hijo, hecho hombre. La finalidad fenomenológica de la Iglesia en la perspectiva de Pablo VI, en armonía con los dictámenes conciliares, se traza en vista de una antropología, y su antropología está inspirada en una precisa visión teológica, que es la del hombre en Jesucristo, hombre nuevo⁴¹.

La Iglesia en Cristo es, pues, portadora de sentido y significado para el hombre, revela al hombre su destino y, a la vez, representa la memoria viviente de este destino, su vocación; para Pablo VI está

³⁹Pablo VI, *Ecclesiam suam*, en AAS 56 (1965) p. 643.

⁴⁰Pablo VI, *Alocuciones*, «Hodie Concilium Oecumenicum Vaticanum Secundum concludimus», [7-12-1965] AAS 58 (1966) I, p. 53, p. 57.

⁴¹Cf. *Gaudium et spes*, AAS 58/2 (1966) n. 41, p. 1059. Cf. R. Latourelle, *L'uomo e i suoi problemi alla luce di Cristo*, Assisi 1982, p. 31; cf. M. Bordoni, *Gesù di Nazaret, Signore e Cristo*, I, Roma 1995, pp. 213-219.

claro que la Iglesia revela el hombre a sí mismo y le ayuda a comprender su derecho, su deber, su destino; digamos también que su vocación⁴². La Iglesia, en la visión de Pablo VI, puede dar al hombre esta respuesta, dice y proclama la palabra definitiva sobre la estructura personal del hombre y ella cumple esto actuando su vocación educativa y pedagógica, acción que recalca la de Cristo en relación a sus discípulos. Por esto Pablo VI afirma con decisión y fuerza que la Iglesia es experta en humanidad⁴³. Por esto una de las razones de ser de la Iglesia, según la visión ecclesiológica del Papa Montini, está representada por su dimensión de servicio; él juzga central en la vida de la Iglesia la manifestación del servicio, de la diakonía, como verdadero y real elemento dinámico que la caracteriza en su aspecto ontológico más profundo.

La Iglesia «montiniana» lleva Cristo al mundo para ofrecerlo a la humanidad, la Iglesia entera está al servicio de la humanidad⁴⁴ y de este modo cumple el servicio más grande y solemne que se pueda realizar por el bien del hombre. Para Pablo VI la Iglesia está como impregnada de esta conciencia de servicio en orden a la salvación del hombre, tarea esta que ella vive como herencia agente recibida directamente de Cristo, en el cual ella se compromete a mantener intacta la fe y al mismo tiempo se compromete a comunicar a todos los hombres su mensaje y su carisma de salvación; la idea de servicio la capacita a renovarse en su auténtica vocación interior y a entregarse en apostolado siempre nuevo, siempre generoso. Es la fuerza regeneradora del deber; es la obra expansiva del amor⁴⁵.

La Iglesia del Papa Montini trata de servir al hombre en su identidad fontal, lo sirve en su historicidad, en sus constantes y en sus variables, sobre todo en su tensión hacia el futuro en un mundo siempre sujeto a un ritmo de transformaciones que globalmente parecen ser inéditas e imprevistas. El Pontífice, a la luz de la cateque-

⁴²Pablo VI, *Audiencias*, «Ancora Noi», [6-51970] p. 445. Es interesante anotar la consonancia plena de esta idea con un pensamiento de H. De Lubac: «Cristo revelando el Padre y siendo revelado por El, termina por revelar el hombre a sí mismo. Por medio de Cristo el hombre emerge definitivamente del universo, toma conciencia plena de sí» (H. De Lubac, *Cattolicismo*, Milano 1992, p. 258).

⁴³Pablo VI, *Audiencias*, «A Vous tous», [12-1-1970] *Insegnamenti* 8 (1970) p. 36; cf. ID., *Audiencias*, «Siamo lieti di dare», [8-10-1970] *Insegnamenti* 8 (1970) p. 1017.

⁴⁴Pablo VI, *Audiencias*, «Nella nostra ricerca», [17-6-1970] *Insegnamenti* 8 (1980) p. 644.

⁴⁵*Ibid.* p. 644.

sis magistral de la Constitución pastoral *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, comprende que cuando la Iglesia busca descubrir en profundidad la dimensión de la propia misión temporal, automáticamente es reconducida a descubrir en profundidad la propia sacramentalidad salvífica universal. Para Pablo VI la Iglesia en adelante buscará acercarse al hombre ofreciéndole la salvación, de la cual es depositaria, y el servicio, del cual el hombre tiene necesidad y que, en cierto sentido, sólo la Iglesia le puede dar⁴⁶. Ella, según la línea eclesiológica del Concilio, no debe dejarse circunscribir en el mundo, pero tampoco debe despreciarlo; la Iglesia «se encuentra en el mundo y juntamente con él vive y actúa» (*Gaudium et spes*, 40), y no sólo debe dar, sino también ha de saber recibir de él (*Gaudium et spes*, 44); en una palabra, la Iglesia, en Cristo y como Cristo, ama el mundo de hoy, y para él vive, habla, actúa, pronta a entenderlo, a curarlo, a ofrecerse a sí misma⁴⁷.

Sin embargo, lo que más ayuda a comprender la plenitud de la relación Iglesia-Mundo⁴⁸, en el pensamiento de Pablo VI, es la definición que él da de la palabra «mundo» que identifica con la humanidad entera del tiempo presente, el escenario humano en que se desarrolla la historia de la salvación. Por esto el pontífice, al clausurar el Concilio, reafirma solemnemente que la Iglesia se ha ocupado además que de sí misma y de la relación que la une con Dios, del hombre, del hombre como se presenta hoy en realidad: el hombre vivo, el hombre totalmente ocupado de sí⁴⁹, y después de haber enumerado las múltiples identificaciones que caracterizan al hombre moderno, él ofrece a la humanidad entera la figura de una Iglesia que es como la del Buen Samaritano, es decir, una Iglesia toda dedicada al servicio de las necesidades concretas de la entera humanidad. Pablo VI ayuda a la Iglesia con su reflexión personal, a ponerse en el camino de una meditación sobre el misterio de su relación viva y concreta con el mundo, pero sobre todo sobre el valor

⁴⁶Pablo VI, *Audiencias*, «Uno dei risultati del Concilio», [12-7-1967] *Insegnamenti* 5 (1967) p. 827.

⁴⁷Pablo VI, *Audiencias*, «Ancora noi riflettiamo sul Concilio», [5-3-1969] *Insegnamenti* 7 (1969) p. 881.

⁴⁸Para una profundización sobre la relación Iglesia-Mundo como emerge del Concilio y como la interpreta Pablo VI cf. R. Rémond, *Le concile, Paul VI et le monde*, en AA.VV., *Paolo VI e il rapporto Chiesa-Mondo al Concilio*, Brescia-Roma 1991, pp. 301-309.

⁴⁹Pablo VI, *Alocuciones*, «Hodie Concilium Oecumenicum Vaticanum Secundum concludimus», [7-12-1965] *AAS* 58 (1966) p. 57.

irrenunciable de su apertura al mundo, providencial apertura, a la cual se han inspirado poco a poco los varios momentos de la reflexión teológica. Y este, sin duda, es uno de los más fuertes estímulos impresos por Pablo VI a los trabajos y orientaciones del Concilio Vaticano II: la apertura de la Iglesia al mundo y sobre el mundo, de modo que de ahora en adelante el Concilio no pierda nunca de vista la tarea principal de la Iglesia de Cristo, la de amar el mundo con las entrañas mismas de Dios, de hablar al mundo con las palabras mismas de Dios, de caminar con el mundo por los caminos de Dios. Así dejó al fin escrito en su memorable Testamento Espiritual, es decir, que hay que estudiar, amar y servir al mundo⁵⁰.

La Iglesia del ministerio y del carisma

La definición eje del Vaticano II de Iglesia-Sacramento comporta un reflexión teológica sobre la relación que hay entre signo y significado, entre contenido y lo que lo hace visible como mensaje de salvación, que entra concretamente en la historia. Esta relación también ha representado uno de los temas más discutidos y razonados en el período postconciliar. Varias tensiones han atravesado el cuerpo de la Iglesia corriendo el riesgo de lacerarlo cada vez que se tendía a asumir como justificación unívoca de la presencia de la Iglesia uno u otro aspecto, contraponiendo las más de las veces uno a otro. Aquí se manifestó fundamentalmente toda la gran sabiduría y prudencia de Pablo VI, la de haber sabido mantener la Iglesia en la dirección justa indicada por el Concilio, sin componendas, sin ceder a fáciles tentaciones de soluciones sumarias a nivel interpretativo del el misterio de la Iglesia misma y de su vida.

De hecho fueron años duros, años de contestación y Pablo VI debió hacer frente a una grave crisis de autoridad dentro de la Iglesia, contestación nacida de una lectura unilateral del misterio que envuelve la vida misma de la Iglesia. Pablo VI se esforzó por hacer comprender cómo el elemento carismático y el institucional en la Iglesia hay que comprenderlos dialécticamente, pues pertenecen contemporáneamente a la naturaleza de la Iglesia⁵¹. Pablo VI, de hecho, trata de evitar absolutamente cualquier extremo interpreta-

⁵⁰Pablo VI, *Testamento espiritual*, *Insegnamenti* 16 (1978) p. 594.

⁵¹Cf. K. Rahner, *L'elemento dinamico nella Chiesa*, Brescia 1970, p. 41; cf. H. De Lubac, *Meditazione sulla Chiesa*, Milano 1993, p. 67.

tivo que pueda conducir desmañadamente a la aceptación de una Iglesia solamente carismática y espiritual, contrapuesta a otra vista sólo en dimensión unívoca ministerial-institucional y jerárquica⁵².

Sin embargo, es precisamente la misma definición de la Iglesia-sacramento, como se deduce del Concilio, la que frena cualquier tentación a entrar en tales planteamientos. Para Pablo VI si la Iglesia es el sacramento universal de salvación, su aspecto institucional y visible encuentra el sentido de lo que es precisamente por el hecho de referirse a una realidad que ella misma, la Iglesia, no es en sí, sino que es realizada por ella a través de la representación del signo⁵³.

El aspecto carismático, para el pontífice, es alimentado dentro de la Iglesia por elementos «estables» e institucionales, como la Sagrada Escritura y los sacramentos; al mismo tiempo, los ministerios institucionales de la comunidad eclesial están intrínsecamente conectados con el elemento carismático; por esto reafirma que una concepción precisa de la eclesiología debe reconocer los dos aspectos constitucionales que la definen: la sociedad jerárquica y la comunidad de gracia⁵⁴.

Para Pablo VI el aspecto institucional y jerárquico presentes en la Iglesia no pueden en modo alguno ser separados o distinguidos de la acción del Espíritu de Cristo en ella. A la vez, por otro lado, no puede subsistir para el Papa Montini una actuación carismática auténtica que prescindiera de la mediación querida por Cristo y actuada a través del ministerio, que representa la actuación institucional del obrar del Espíritu.

Por tanto, sea la estructura ministerial que la carismática forman juntas un único e inseparable modelo de Iglesia para la cual toda concreción de la estructura ministerial representa un carisma y

⁵²Cf. Pablo VI, *Homilias*, «We repeat the greeting», [22-9-1974] *Insegnamenti* 12 (1974) p. 860.

⁵³«La verdadera Iglesia fundada por el Señor es visible [...], es decir, posee una visibilidad material, pero sobre todo posee una visibilidad esencial de los tesoros espirituales que Cristo ha dado a su Iglesia [...]. La visibilidad interior y esencial de la Iglesia non es sino una efusión de su espiritualidad. Visibilidad y espiritualidad de la Iglesia son dos cualidades correlativas que no hay que separar en el estudio de la Iglesia misma» (Pablo VI, *Audiencias*, «Conoscete questa esclamazione», [19-10-1966] *Insegnamenti* 4 (1966) p. 874.

⁵⁴Pablo VI, *Homilias*, «We repeat the greeting», [22-9-1974] *Insegnamenti* [1974] p. 861.

viceversa todas las concreciones de la estructura carismática tienen siempre un carácter ministerial.

La Iglesia es misionera

Para Pablo VI el elemento de comunión, inherente a la vida de la Iglesia, adquiere su expresión histórica, natural, visible, concretamente verificable, en la acción misionera de la misma Iglesia. La razón de ser de la misión es precisamente la comunión, como se deduce de *1 Jn* 1, 1-4: *Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida [...], os lo anunciamos a vosotros [...] para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo.* Para Pablo VI la Iglesia en misión representa la consecuencia natural de su origen trinitario; tal fuente pone en la Iglesia la exigencia constitutiva de la misión. La línea misionera de la Iglesia se relaciona con la misión del Hijo de parte del Padre, con la dinámica originaria del amor trinitario: el misterio de la Santísima Trinidad, desvelado a nosotros por las misiones divinas, es la fuente de la economía misionera de nuestra salvación⁵⁵. Por tanto, también a la luz de la enseñanza conciliar (cf. *Ad gentes*, 2-4), la Iglesia de Pablo VI es misionera por vocación, fue fundada para ser misionera⁵⁶, lo es por el mandato recibido de su Señor y por su misma naturaleza, en cuanto sacramento universal de salvación, signo e instrumento de la intención salvífica de Dios extendida a toda la humanidad⁵⁷.

El dinamismo misionero representa para el Papa Montini la catholicidad de la Iglesia en su aspecto dinámico, la misión no es otra cosa que la actuación en la historia de la catholicidad de la Iglesia; para hacerla católica, es decir, universal en la realidad histórica y humana, se requiere un esfuerzo que Cristo ha confiado a los hombres; y este esfuerzo se llama actividad misionera⁵⁸. Por lo mismo,

⁵⁵Pablo VI, *Audiencias*, «La giornata missionaria», [14-10-1970] p. 103; cf. J. Ratzinger, *Il nuovo popolo di Dio*, Brescia 1984; cf. G. Masciarelli, *La Chiesa è missione. prospettiva trinitaria*, Casale Monferrato 1988.

⁵⁶Pablo VI, *Nu.*, «È venuta l'ora delle missioni», [2-7-1968] *Insegnamenti* 6 (1968) p. 229.

⁵⁷Pablo VI, *Nu.*, «A tutti coloro che», [5-6-1970] *Insegnamenti* 8 (1970) p. 622.

⁵⁸Pablo VI, *Rco.*, «Ricordiamoci oggi», [22-10-1967] *Insegnamenti* 5 (1967) p. 897.

la misión de la Iglesia para el Pontífice está dedicada de lleno a la constitución de la comunión, es siempre instrumento y camino de nueva y más amplia comunión, que se alarga y propaga donde llega el anuncio de Cristo que salva, gracias a la acción mediadora de la Iglesia. Por tanto, el fin de la misión de la Iglesia es la comunión y la unidad en Dios, que vive en comunión tripersonal.

La renovación de la Iglesia

Misión de la Iglesia, sobre todo en el postconcilio, fue también el empeño constante en la renovación y *aggiornamento*. Esta fue principalmente la pesada herencia que Pablo VI hizo suya dispuesto a llevar adelante la obra emprendida por su predecesor Juan XXIII, que dejó a su muerte una Iglesia convocada y reunida en Concilio para renovarse y confrontarse con los signos de los tiempos en una dimensión rica de esperanza para el futuro de la Iglesia. Por esto Pablo VI, al inicio de la segunda sesión del Concilio, reafirmó solemnemente que las esperanzas se dirigen también a otro objetivo principalísimo de este Concilio, al de la renovación, como se dice, de la Santa Iglesia⁵⁹.

La Iglesia reunida en Concilio había emprendido un proceso ya irreversible hacia un *aggiornamento* necesario que comportaba un valiente propósito de renovación y de reformas ad intra y ad extra. Para el Papa Montini sólo una Iglesia renovada puede hacer creíble Cristo al hombre de hoy, pero esta renovación implica, ante todo y esencialmente, el dejarse invadir por el deseo que la Iglesia de Dios sea como Cristo la quiere⁶⁰.

Pablo VI en el arco de su pontificado ha obrado siempre coherentemente en línea con esta afirmación y ha actuado siempre coherentemente por una constante reforma de la Iglesia; para hacerlo ha traducido en formas concretas dentro de la Iglesia las indicaciones que el Concilio había dado en el plano de los principios y de la doctrina. Para el pontífice está claro que *aggiornamento*

⁵⁹Pablo VI, *Alocuciones*, «Salvete, Fratres», [19-9-1963] AAS 55 (1963) p. 850.

⁶⁰Pablo VI, *Ecclesiam suam*, AAS 56 (1964) p. 626.

quiere decir en adelante penetración sabia del espíritu del Concilio celebrado, y aplicación fiel de sus normas⁶¹.

En efecto, el Concilio se había propuesto profundizar en la naturaleza y misión de la Iglesia y actualizar sus estructuras y métodos, para que, así renovada, pudiese anunciar más eficazmente el Evangelio y en particular entrar en diálogo con el mundo moderno. El Papa Montini con su enseñanza sin duda ha contribuido a hacer conocer mejor los contenidos teológicos y pastorales del Concilio y, a la vez, ha iniciado su actuación, procediendo a una renovación estructural de la Iglesia, singularmente amplia y profunda. De hecho, no podemos dejar de reconocer el alcance histórico de algunas reformas decididas por Pablo VI para aplicar las disposiciones del Vaticano II: en particular, la institución del Sínodo de los obispos; la reforma litúrgica; la creación y valorización, para el gobierno de la Iglesia, de las Conferencias Episcopales según el espíritu de la colegialidad episcopal deducidas de los trabajos conciliares y por lo mismo también la fuerte valorización de las iglesias locales; la internacionalización de la Curia romana y la ampliación del Colegio cardenalicio; la revisión del Código de Derecho Canónico, la revisión de la vida y formación del clero y la atención particular a la reforma de los seminarios; en fin, la actualización fundamental de la vida religiosa.

Sin embargo, la obra de actualización y reforma de la vida de la Iglesia, constantemente presentes como preocupaciones en la mente y en el corazón pastoral del Papa Montini, estaban sostenidas y acompañadas ante todo por una profunda necesidad de renovación interior y por el crecimiento de los cristianos en la fe y en la caridad, en la convicción de que solo una Iglesia santa y ardiente de fe, de esperanza y de caridad, podría ser en el mundo testigo auténtico de Cristo; solamente después de esta obra interna de santificación, la Iglesia podrá mostrar su rostro al mundo entero, diciendo: Quien me ve, ve a Cristo⁶². Sabiamente la renovación para Pablo VI no consiste sólo en el cambio de las leyes exteriores de la iglesia, de sus estructuras o en un conjunto de novedades rubricísticas, cuanto en saber situarse en actitud espiritual de escucha y de obediencia a Cristo y, por esto, de observar las leyes que la Iglesia se da a sí

⁶¹Pablo VI, *Alocuciones*, «Publica haec Sessio nostri Concilii Oecumenici Vaticani Secundi», [18-11-1965] *Insegnamenti* 3 (1965) p. 632.

⁶²Pablo VI, *Alocuciones*, «Salvete, Fratres», *AAS* 55 (1963) p. 850.

misma al intentar seguir el camino de Cristo: aquí está el secreto de su renovación, aquí su metánoia, aquí su ejercicio de perfección⁶³.

Al mismo tiempo lo «nuevo» para Pablo VI no puede nunca representar en la Iglesia una ruptura con la Tradición; las innovaciones necesarias, que brotan de la relación dialógica con el mundo y el tiempo contemporáneo a la Iglesia, no pueden nacer de una separación arbitraria de la raíz viva que Cristo mismo ha transmitido a su Iglesia, haciéndola de este modo signo e instrumento de la validez de nuestra unión con Dios. La Iglesia montiniana comprende que debe renovarse para conservar fundamentalmente su identidad profunda, para vivir en creciente fidelidad a su vocación; para el Papa Montini, como para los grandes renovadores, como H. Newman y A. Rosmini, la verdadera Tradición exige siempre un desarrollo; sólo con un retorno a la Tradición es posible un nuevo desarrollo en el pensamiento y en la vida de la Iglesia. Tal desarrollo implica purificación de elementos no necesarios, este proceso de renovación toca y quita cosas y formas caducas⁶⁴; pero necesita también de equilibrio en la verificación y en la acción para garantizar la plenitud de comunión con toda la Iglesia. Por esto sabiamente Pablo VI evita los extremismos y las desviaciones a propósito de la renovación, que se desarrollaron sobre todo en la época inmediatamente posterior a la clausura del Concilio. Él debía preservar a toda costa la unidad del catolicismo en un momento histórico en que había quien se pronunciaba por la tradición, por el respeto absoluto de todo lo que el pasado había transmitido, y quien al contrario, sostenía la necesidad de una verdadera y auténtica revolución estructural. Un momento constructivo, pues, pero también muy peligroso. Montini se vio así obligado a hacer frente a un dilema dramático: debía salvar la unidad interna de la Iglesia y, al mismo tiempo, no podía mortificar los anhelos de renovación. Una opción drástica, en un sentido u otro, habría causado una fractura insanable, quizá incluso esencial. Por esto su línea fue firmemente orientada hacia el equilibrio. Prudente y gradual, pero bastante flexible y dinámico en las aplicaciones particulares. No una pura y simple equidistancia entre facciones antagonistas, sino una justa consideración de las diversidades legítimas.

⁶³Pablo VI, *Ecclesiam suam*, AAS 56 (1964) p. 632.

⁶⁴Pablo VI, *Audiencias*, «Abbiamo parlato», [11-8-1965] *Insegnamenti* 3 (1965) p. 1008.

Podemos en fin afirmar que el magisterio de Pablo VI encauzó con seguridad y de modo profundo el proceso de renovación continua iniciado por el Concilio, aunque quizá tal proceso aún ha de ser llevado a término. Él preparó y encaminó la renovación de la Iglesia para hacerla siempre más creíble al hombre de hoy. Por esto Pablo VI bien puede ser definido constructor del futuro de la Iglesia y a la vez de la Iglesia del futuro, es decir, de una Iglesia cada vez más cercana al Evangelio, una comunidad de creyentes que, con la luz de la Palabra de Dios y con la fuerza del amor de Cristo, llega a ser comunión y como tal estimula la promoción humana. Pablo VI no inventó una Iglesia nueva, no entraba en su estilo ni en su índole personal el ser un innovador; pero puso las bases para una Iglesia renovada, en la óptica sobre todo de su fundamental relación con Cristo y con el hombre de su tiempo.

Con su obra tenaz e incansable de renovación Pablo VI volvió a poner a la Iglesia en camino, le dio el gusto de volver a caminar por los senderos de la historia, de aquella historia que el Señor había creado también para ella. Pablo VI ha hecho realidad y ha dado cumplimiento con su magisterio eclesiológico al signo profético puesto por el Concilio; lo ha hecho en la expresión libre de la interpretación personal que, como realización que fija un contenido, es inevitablemente siempre más pobre que el ideal en el que se inspira.

Sin embargo, el Papa Montini también ha ofrecido animosamente sus signos a los que la Iglesia no puede no responder el día de mañana con realizaciones eficaces. Él ha obrado para que el breve fragmento del camino presente de la Iglesia hacia el mañana lleve ya en sí la indicación para un futuro más lejano, él ha como diseñado en Cristo el horizonte de la Iglesia de mañana. Pablo VI de hecho había recibido en herencia una Iglesia llamada a vida nueva, pero expuesta a muchas soluciones a veces incluso en contraste entre sí; ha dejado una Iglesia más segura de sí, porque ha introducido en ella la convicción de poder ser siempre más creíble cuanto más se deja engendrar por Cristo.

La herencia de Pablo VI a la Iglesia es un patrimonio de gran valor, hecho de intuiciones profundas, de opciones proféticas, de anticipaciones que no siempre pudieron encontrar realización inmediata. Frente a las dificultades crecientes que la misma construcción de la Iglesia comportaba en el tiempo postconciliar, y para cumplir la nueva misión en la historia, Pablo VI con grande clarivi-

dencia lanzaba un llamamiento que resuena todavía hoy alto y fuerte de uno a otro confín en la Iglesia; una invitación solemne y llena de amorosa atención hacia toda la Iglesia por él servida, amada y por la cual y de parte de la cual supo también sufrir y recibir sufrimientos. Su invitación está dirigida a todos y dice: «Hay un mundo temporal mejor por construir.

Hay un mundo espiritual, como óptimo y necesario para la vida presente y futura que, bajo tantas formas, pide también constructores. Vosotros, jóvenes especialmente, ¿percibís la llamada exaltante? Nosotros, viejos obreros, lanzamos un grito y esperamos: ¡es tiempo de construir! Más aún, de construir los constructores, los apóstoles de la ciudad de Dios»⁶⁵.

DAVIDE MARZAROLI, OFM.

Doctor en teología por la Pontificia Universidad Gregoriana, enseña teología dogmática en el Instituto Teológico Regional de Asís, Oficial de la Congregación para la Iglesias Orientales. Sobre el tema de Pablo VI ha publicado: *La Chiesa volto di Cristo. Il pensiero ecclesiologicalo di G. B. Montini. Origini e sviluppi (1918-1963)* (Asís, 1994); *Una vita per la Chiesa. L'esperienza spirituale di Paolo VI* (Milán 1996).

⁶⁵Pablo VI, *Audiencias*, «La vostra presenza», [15-9-1976] *Insegnamenti* 14 (1976) pp. 711-712.